

La dignidad del humanismo

Alberto Constante

Josu Landa, *De archivos muertos y parques humanos en el planeta de los nimios*. México, Arlequín/Sigma, 2002.

Léí el libro de Josu Landa sin contar con los antecedentes. He de confesar que no sabía nada del gran revuelo internacional que Peter Sloterdijk (autor de *El árbol mágico*, *En el mismo barco* y *Extrañamiento del mundo*) provocó con una conferencia dictada en el castillo de Elmau, Bavaria, denominada *Reglen für den menschenparken* (Normas para el parque humano) y que poco después fue publicada por Siruela, en la que plantea que son insuficientes los intentos humanistas por dominar las tendencias brutales de los seres humanos, fundamentalmente porque éstos son los únicos animales que se organizan en parques y crean reglas para su domesticación.

Provocador, iconoclasta, irónico y de una lucidez cortante como un estilete afilado, Peter Sloterdijk, catedrático de filosofía en la Universidad de Karlsruhe (Alemania) es, según se dice, el último pensador de culto en la Europa posmoderna. Su obra, comenzada en 1983 con *Crítica de la razón cínica*, lo ha llevado a formular una interpretación sobre el mundo actual, especialmente en *Normas para el parque humano*. Esta suerte de eurotaoísmo, que Sloterdijk dice que “podría ser el nombre de una oportunidad perdida”, en realidad de lo que nos habla es de discriminación y, por tanto, de selección. Éste es un término que utilizó Peter Sloterdijk en su polémica conferencia en Elmau. Ahí nos habla del fracaso del humanismo y señala que la respuesta al mismo es una manipulación genética para mejorar al ser humano por otros medios, medios antropotécnicos. Independientemente de que pasemos a comentar el artículo de marras y la respuesta que Josu Landa hace del mismo, podríamos decir que el de Sloterdijk es un artículo malísimo. Y es posible que Sloterdijk haya escrito algo bueno antes. No lo sé porque no lo he leído, sólo he citado sus libros a manera de ejemplo. Pero esa conferencia era peligrosa porque decía que en vez de intentar tener una moral tenemos que hacer cambios genéticos para tener una nueva moral. Esto es imposible porque aun si pudiéramos cambiar la moral por medios genéticos tendríamos que tener ya

ciertas concepciones de cómo queremos hacer los cambios genéticos. Pero hubo algo en la sociedad alemana que no respondía al poco valor de la conferencia de Sloterdijk, que por alguna circunstancia le dio mucha importancia a este debate. Creo que se debe a la gran inseguridad que existe respecto al problema de las manipulaciones genéticas.

De hecho, así quiero suponerlo, lo más comentado fue el enfrentamiento no sólo ideológico sino también personal entre Habermas y Sloterdijk que provocó; así como las mutuas acusaciones y los remolinos académicos de esta querrela. A lo que yo sé, sólo procuraron ir más allá del trivial chismorreo en algunas páginas de la *Revista de Occidente* y desde luego en un excelente *dossier*.

Lo que está a la base de esta discusión que entabla Josu Landa con nuestro malhadado filósofo es la siguiente pregunta: ¿y si fracasara el humanismo? No se puede dejar de aprovechar la ocasión brindada por este escrito y el libro de Josu Landa para intentar profundizar en un debate que trasciende con mucho algunos tópicos. Más allá de la opinión que nos merezcan los planteamientos de Sloterdijk, es justo y urgente reconocer que ha puesto el dedo en una llaga que sangra desde mucho antes de que él tuviese la bienaventurada osadía de tocarla.

¿Qué dice Peter Sloterdijk? Ya habíamos señalado algunos puntos, pero podríamos decir que comienza recordándonos que hemos llamado humanismo a una

[...] telecomunicación fundadora de amistades que se realiza por medio del lenguaje escrito [...] Los pueblos se organizaron a modo de organizaciones alfabetizadas de amistad forzada, unidas bajo juramento a un canon de lectura vinculante de cada espacio nacional [...] ¿Qué otra cosa son las naciones modernas sino eficaces ficciones de públicos lectores que, a través de unas mismas lecturas, se han convertido en asociaciones de amigos que congenian?

La finalidad fundamental de esas lecturas seleccionadas y compartidas era amansar la innata ferocidad humana, socializar humanamente a la bestia de presa cortocircuitando su perenne inclinación hacia la violencia y la sangre. En esta tarea domesticadora, la lectura sosegante de los clásicos siempre ha encontrado adversarios temibles: ayer fue la efervescencia sensorial del circo y del estadio, más tarde el teatro, luego los campos de fútbol, etcétera.

Actualmente vivimos, según Sloterdijk, tiempos posliterarios, es decir, poshumanistas: los libros van siendo sustituidos por los espectáculos audiovisuales, cuyas gratificaciones sensoriales —llenas de estruendo y furia— se aproximan más a los contentos del Coliseo que a los del gabinete del biblió-

filo. ¿En qué basaremos entonces las normas del urbanizado parque humano? ¿Cómo las transmitiremos y legitimaremos? ¿Habrá que aprender a criar hombres mansos de otro modo, quizá por medios biogenéticos, que configuren *ab ovo* los rasgos del nuevo arquetipo de humanidad?

En el fondo, la tarea educativa —que Sloterdijk estudia en su teorización inicial por Platón y en el desencanto póstumo heideggeriano— siempre ha pretendido reproducir generacionalmente las pautas reguladoras del autosostenimiento humano. Tal es el proyecto que el siglo XX vio entrar en una crisis que nuestra cultura actual basada en los videojuegos e Internet no ha hecho sino agravar. La cuestión quizá no consiste en cómo salvar contra viento y marea el modelo humanista tradicional, sino más bien cómo reinventar lo humano —es decir, una sociabilidad amistosa que repudie mayoritariamente la tentación feroz de la violencia intraespecífica— a partir de un nuevo planteamiento persuasivo, de otra forma de doma de alta escuela...

La provocativa conferencia de Sloterdijk debe ser valorada a partir de las múltiples perspectivas excitantes (en el sentido mejor y en el peor de este adjetivo trepidante) que abre, no desde las obvias objeciones puntuales que se le pueden hacer. La primera de las que se me ocurren es que abundan textos clásicos en nuestra tradición humanista —y no de los menores!— cuya eficacia para apaciguar la irascibilidad resulta poco evidente: la *Iliada*, la Biblia, Shakespeare... No sin razón fueron puestos en entredicho por educadores ilustrados del exigente siglo XVIII, como Voltaire. ¿Aseguraríamos sin vacilación que Macbeth amaestra convenientemente a sus espectadores mientras que *Reservoir dogs* los desboca? Salvando las abismales distancias de calidad estética, ¿dulcifica más el carácter familiarizarse con la cólera de Aquiles que practicar un videojuego? ¿No pueden obtenerse lecciones tan intransigentes y horrendas de *La Celestina* o *La duquesa de Malfi* como de ciertas proclamas heteróforas berreadas por los fascistas o incluso como de ciertos demenciales antagonismos deportivos? Quienes no estamos dispuestos a renunciar a tales obras maestras sostendremos que esas consecuencias negativas derivan de una lectura superficial, porque todas ellas encierran una profunda caracterización de lo humano indispensable para cualquier formación auténtica. Pero esta respuesta viene a dar por supuesto algo así como un círculo vicioso, es decir, que hace falta una verdadera educación humanista para obtener lecciones humanistas de muchas obras fundamentales en las que se basa nuestra concepción del humanismo. Si tal es el caso, ¿no cabría también postular que quienes disfrutan de semejante adiestramiento consolidador de la humanidad compartida podrían de igual modo ampliar su disposición a la concordancia incluso por medio de partidos de fútbol o películas *gore*?

Cuando en México se habla de revisar el plan de humanidades, o de ética, más específicamente, la cuestión se centra en el temario que debe impartirse

en tal o cual asignatura y en evitar que los libros de historia que van a servir como texto escolar contengan tergiversaciones de bulto o incitaciones abiertas a la discordia civil. Se sigue aspirando así, al modo clásico, a una “telecomunicación fundadora de amistad basada en el lenguaje escrito”. Nada que objetar a este bienintencionado proyecto, todo lo contrario. Pero el factor más importante de la educación sigue intacto pese a tales modificaciones; y tampoco se remediarían nuestras deficiencias multiplicando en las aulas los elementos de apoyo audiovisuales o conectando a Internet a todos los bachilleres desde su tierna infancia. Porque el elemento no sólo humanista sino humanizador por excelencia de la transmisión cultural no es el texto ni la imagen ni el sonido, sino la palabra viva, es decir, el verbo encarnado, hecho hombre (y más frecuentemente, hecho mujer). No los libros, por buenos que sean, no las películas ni la telepatía mecánica (otra cosa no es la famosa “red”), sino el semejante que se ofrece cuerpo a cuerpo a la devoradora curiosidad juvenil en busca de un alma: ésa es la educación humanista, la que desentraña críticamente en cada mediación escolar (libro, filmación, herramienta comunicativa) lo bueno que hay en lo malo y lo malo que se oculta en lo más excelso. Porque el humanismo no se lee ni se aprende de memoria, sino que se contagia. Y mal pueden contagiar la enfermedad divina quienes no la padecen. Ahí está el verdadero problema.

En el parque humano (“tocan a cierre en los parques de Occidente” cita Cioran al comienzo de uno de sus últimos libros) restalla el látigo, pero no es el maestro quien lo empuña. A diferencia del arrogante y atrevido domador, el maestro sabe que debe dejarse devorar para que las fieras inocentes se conviertan en ciudadanos conscientes. Muchos están dispuestos a este sacrificio sobre el que reposa el autosostenimiento de la civilización, pero probablemente no son bastantes. Se sienten solos, desconcertados por un dogmatismo imbécil que celebra el pintoresquismo de lo irreductible y desdeña la racionalidad común. ¿O acaso no hay racionalidad común? Sea como fuere, los libros ni tienen la culpa ni son la solución.

Josu Landa, en *De archivos muertos y parques humanos en el planeta de los nimios* discute apretadamente las tesis de Sloterdijk. Podríamos decir que el poeta y ensayista discute las tesis del filósofo alemán rescatando, fundamentalmente, la dignidad del humanismo y despejando errores conceptuales tanto sobre el propio humanismo como de la educación, apoyándose en otros pensadores indiscutibles como lo son Nietzsche y Heidegger. Sin duda, el libro de Josu Landa trae un aliento de esperanza sobre la capacidad humana para rescatar valores que parecen haber perdido presencia en este mundo tecnológico como la prudencia y la sensatez, en unas cuantas palabras: la vuelta, de nueva cuenta el rescate de eso tan desgastadamente denostado que todavía, a pesar de todo, seguimos llamando la *dignidad humana*.